

Historiadores Máximos

"Excelsior"

Por RAFAEL GARCIA GRANADOS

Enero 19/932.

I

MI excelente amigo Manuel Herrera y Lasso llamó a don Justo Sierra, nuestro historiador máximo. Don Segismundo Enoarbo discrepó de su apreciación y opinó que nuestros historiadores máximos son don Lucas Alamán, don Joaquín García Icazbalceta y don Carlos Pereyra.

Como las apreciaciones de ambos escritores no coinciden con las mías, me propongo, consciente del atrevimiento que esto implica, pasar revista a nuestros cronistas e historiadores.

Puesto que conozco el claro talento y la vasta cultura de mi querido amigo Herrera y Lasso, y advino que, detrás del señor Enoarbo se esconde un tío con toda la barba, he procurado tomar mis precauciones, escudándome detrás de una autoridad que mis probables contradictores, especialmente el segundo, tendrán forzosamente que aceptar, a menos que me juzguen "quantité negligible". Esa autoridad, por lo que hace a los juicios acerca de quienes le precedieron en su titánica tarea, es nada menos que don Joaquín García Icazbalceta, y suyas las frases que van entre comillas.

Se cuenta que, cuando Rossini estrenó "El Barbero de Sevilla", recibió una nutrida rechifla que lo hizo exclamar: "¡Qué bárbaros, le están chiflando a Mozart!" Así, pues, si mis probables impugnadores chillan, corren el riesgo de haberle chiflado a Icazbalceta.

Cuando don Joaquín escribió el encantador artículo que hoy fusilo, aún no conocía la Historia Eclesiástica Indiana de Fr. Jerónimo de Mendieta, que después publicó, y cosa semejante sucede con otras varias obras antiguas que han venido a ser fuentes de nuestra historia y que el insigne Icazbalceta no conoció por haberse publicado después de su muerte. Por otra parte, algo bueno y malo se ha escrito desde entonces. Así, pues, soy yo el responsable de los juicios acerca de estos últimos escritores. Mas como mi valor civil es muy limitado, he optado por ignorar a todos los vivos, a pesar de que, entre ellos, se encuentran algunos a quienes he elogiado calurosa y sinceramente en las páginas de EXCELSIOR, en el mes de mayo del año antepasado y en el estudio bibliográfico de la obra de Clavijero que leí en la Biblioteca Nacional.

El principal reparo que me propongo poner a las apreciaciones que comento, es haber pasado por alto, al enumerar a nuestros más destacados historiadores, a Sahagún, Clavijero, Ramírez, Orozco y Berra y Paso y Troncoso, sin que, al hacer hincapié en estas cinco personalidades omitidas, desconozca los méritos de las que ellos ponderaron ni

de las que se dejaron en el tintero.

Dice Herrera y Lasso para justificar el título de historiador que da a don Justo: "Intuición, resurrección... creación en suma y, por ello, obra de arte más que de ciencia: tal es esencialmente la historia. No hay historiador, en el sentido propio de la palabra, sin erudición y sin crítica; PERO MENOS PUEDE HABERLO SIN EL IMPETU ESTETICO. SIN EL SOPLO VITAL QUE REANIMA LOS SIGLOS MUERTOS." Me permito diferir del criterio de Herrera y Lasso. El historiador puede no ser ameno o no ser artista, sin dejar, por ello, de ser historiador. Un ejemplo nuestro es el doctor don José María Marroquí, uno de los escritores más aburridos y menos artistas que conocemos, y no por eso se nos dirá que no fue historiador. Su erudición es indiscutible y de sus inagotables y pacientes investigaciones deduce a menudo enseñanzas trascendentales que lo colocan a buena altura como crítico.

La Historia, en su concepto moderno, no puede concebirse sino íntimamente ligada a la Sociología: de ahí que sea una ciencia. "Ya la antigua Grecia y la antigua Roma (según el profesor Lamprecht) habían producido historiadores como Tucídides, Polibio, Tácito, Tito Livio, etc., que no solamente eran narradores, en lo esencial fidedignos y maestros en el arte literario, sino realmente precursores de los sociólogos modernos, en cuanto a que procuraban explicar con imparcialidad las causas psicológicas y el encadenamiento de los fenómenos históricos y sociales... Con la degeneración de la cultura grecorromana... la historia se convirtió de nuevo en un conjunto de narraciones sin cohesión ni sistema... Con la publicación de las obras de Maquiavelo se inició una nueva era en cuanto a la manera de concebir la historia", y desde el renacimiento, que recogió la tradición gremorromana, hasta nuestros días, la historia ha tenido un carácter cada

vez más científico hasta llegar a ser una aliada inseparable de la sociología.

El factor ARTE en la historia, hace que la ciencia se estudie con agrado y contribuye, por lo tanto, a su divulgación. Así la Historia de la Conquista de México, por Prescott, es todavía leída por millares de personas que con ella se deleitan, a pesar de las notas, tan copiosas casi como el texto, que don Lucas Alamán y don Fernando Ramírez tuvieron que escribir para rectificarlo.

No es posible negarles el título de historiadores a los hombres de ciencia que han puesto su saber y su constancia al servicio de la investigación y de la crítica, sin poder dar a su obra, por carecer de inspiración para ello, el divino soplo del arte, que es hijo del temperamento.

Lo contrario también suele realizarse, y así tenemos el caso del célebre don Antonio de Solís, nombrado Cronista de Indias cuando faltó don Antonio de Herrera, y que "pensó, según él mismo nos dice, seguir la historia de aquél desde el punto en que quedó pendiente, pero cediendo de pronto a su natural propensión a las obras de ingenio de que tenía dadas tantas muestras en comedias y poesías, desdén al fin continuar el prolijo y seco trabajo de su antecesor", y "a fuerza de adornar el estilo, le vino a dejar forzado y fastidioso... Resultó de todo ello, un panegírico del conquistador; una hermosa pieza literaria, si se quiere, pero nunca la Historia de la Conquista de México, que la nación española deseó en vano por tantos años."

No es siempre fácil hacer una distinción precisa entre el cronista y el historiador, muy especialmente en México, porque los materiales para la historia se confunden a menudo con la historia misma. Casi todos los cronistas son historiadores, así como la mayoría de los historiadores son cronistas. Por lo tanto—y esta es otra precaución que tomo para curarme en salud de las heridas que tal vez reciba en la contienda—llamo cronistas a aquellos historiadores en cuya obra la relación de los sucesos tiene un lugar preponderante sobre la crítica (y no a los que refieren lo que aconteció en sus tiempos, ni a aquellos que relatan los hechos apeñándose a la cronología) e historiadores a los cronistas que relatan los hechos como un medio para deducir enseñanzas. Me aparto al hacerlo, de las acepciones estrechas que el Diccionario de la Academia da a los términos "historia", "historiador", "crónica" y "cronista", que de ninguna manera convienen a los conceptos modernos universalmente admitidos.

He dividido, arbitrariamente, la Historia de México en cinco períodos para analizar sucintamente a sus historiadores y llegar a la conclusión de quienes son las figuras máximas de cada época. Esos períodos, de los que me ocuparé en el artículo, o tal vez los artículos siguientes, son: Historia Antigua, Historia de la Conquista, Historia de Nueva España y de su Evangelización, Historia de la Guerra de Independencia y, finalmente, Historia de México Independiente.